

Citar: Apellidos, N. (2015) "Título", en: González García, E.; García Muñiz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coords.). *Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*. Toledo: ACMS, pp.

MÄNNER IN KITAS: DESAFÍOS PARA LA IGUALDAD DE LA PROFESIONALIZACIÓN DEL CUIDADO INFANTIL

María Teresa Martín Palomo. *Universidad Carlos III*

Jens Krabel. *Katholische Hochschule für Sozialwesen*

Resumen

En la comunicación se propone una aproximación al estudio del cuidado infantil en contextos profesionales. Para ello, se parte, en primer lugar, de una reflexión teórica sobre la complejidad de los cuidados, que se exploran desde una perspectiva que incluye las dimensiones material, emocional y moral, y sus respectivos entrelazamientos. En segundo lugar, a partir de la experiencia del proyecto Männer in Kitas (Hombres en Escuelas Infantiles), se explora cómo la participación de los hombres en la educación infantil en las Escuelas públicas en varias regiones de Alemania, Austria y Suiza incrementada por políticas incentivadoras puestas en marcha desde el año 2008 por el Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend (Ministerio de Asuntos de Familia, mayores, mujeres y jóvenes), y sus prácticas cotidianas de cuidados, están contribuyendo a reconfigurar la profesión del cuidador/educador infantil en contextos institucionalizados. Si bien existen numerosas reflexiones teóricas sobre la profesionalización del cuidado infantil, apenas un grupo reducido de ellas centra sus líneas de investigación en el papel que los hombres están desempeñando en dicho proceso. Al hilo de la experiencia alemana, se plantea aquí que pese a que existan políticas que incentiven la participación de los hombres en un tipo de trabajo tradicionalmente feminizado, las vías para profesionalizar el trabajo de cuidados no son sencillas, encierran retos como las disposiciones físicas o la diferente capacidad para gestionar los tiempos o las emociones según los mandatos del género. No obstante, lo que ha empezado siendo considerado como un problema de igualdad de género (feminización de un sector y el modo en que se rompe, o no, con dichas dinámicas mediante la puesta en marcha de políticas públicas que fomenten la participación masculina), termina siendo un tema de profesionalización en sí mismo, esto es, el modo cómo se reconfigura la profesión del cuidador/educador infantil. Además, se ha comprobado que existen resistencias tanto desde el propio entorno laboral como por parte de los progenitores de las criaturas a que los hombres asuman ciertas tareas de cuidado, especialmente aquellas que tienen que ver con lo corporal o lo afectivo. Sobre dichos desafíos se reflexiona tomando como base la experiencia de Männer in Kitas.

Palabras clave: Masculinidad, Género, profesionalización cuidado, emociones, moral

Introducción⁵

Las reflexiones aquí presentadas parten del análisis de la experiencia de transformación del perfil profesional en las escuelas infantiles de los educadores-cuidadores en Alemania a partir del intento de

⁵ Esta comunicación se ha preparado en el marco de una estancia de investigación financiada por el plan propio de la Universidad Carlos III (Ayudas a la movilidad de Jóvenes Doctores, 2015) realizada por María Teresa Martín Palomo en la Katholische Hochschule für Sozialwesen Berlin (en adelante, KHSB), en el proyecto "[Männer in Kitas](#)" [Coordination Centre "[Men in Early Childhood Education & Care \(ECEC\)](#)"], dirigido por Stephan Höyng y coordinado por Jens Krabel.

contribuir a que los hombres participen más en una profesión muy feminizada en casi todos los países, por un proyecto impulsado y financiado por el Ministerio de Familia alemán⁶, *Männer in Kitas*. Se pretende conocer si la entrada de hombres en este ámbito laboral ha cambiado tanto la forma en la que se entiende el cuidado, como las condiciones de su profesionalización. Lo que inicialmente se planteaba como un problema de relaciones de género ha terminado mostrándose como un problema de profesionalización en sí de un campo en el que las características específicas del trabajo desempeñado lo revisten de enorme complejidad. El análisis se centra en el estudio de tres dimensiones que operan en el trabajo de cuidado analizadas en otro lugar bajo la propuesta de “domesticación”: la dimensión material, la emocional y la moral (Martín Palomo, 2008).

¿Una nueva teoría crítica o un conjunto de prácticas que motivan la reflexión?

Los estudios sobre el cuidado desde sus inicios intentan dar forma al trabajo de atención prestado de forma cotidiana a las personas que tienen necesidad de ello por su mayor vulnerabilidad o por su carencia total o parcial de autonomía (criaturas, enfermos, ancianos, con diversa funcionalidad,...). La forma en que se ha conceptualizado en sociología es problemática por la falta de concreción que tiene, lo que ha dado lugar a una imagen fragmentada. Carol Thomas ha destacado la transversalidad y la enorme complejidad de las dimensiones que operan en el cuidado ([1993] 2011). Tomando como referencia los trabajos desarrollados por tres autores emblemáticos, Hilary Graham, Roy Parker y Clare Ungerson, Thomas intenta deconstruir las diferentes nociones de cuidado que desarrollan en sus obras. Parker introduce el concepto de “atención” (*tending*) para referirse al “trabajo real de atención a las personas que, temporal o permanente, no pueden valerse por sí mismas” (1981: 17). Graham diferencia una dimensión material, cuidado como trabajo, de una dimensión psicológica, cuidado como fenómeno emocional, naturaleza dual del cuidado que explica su adscripción de género y que se integre en las relaciones familiares como compromiso y afecto (1983: 29). En un trabajo posterior, Graham (1991) indica que el cuidado no se puede comprender si no es considerando las divisiones sociales de raza y clase, además del género. Cabría sumar también aquí la opción sexual. Ungerson, por su parte, apunta que la falsa dicotomía entre trabajo y amor en la investigación sobre cuidado ha dificultado su análisis, al considerar los aspectos emocionales tan sólo en los espacios domésticos (1983), cuando de hecho, en una relación de cuidado pueden existir distintas combinaciones de trabajo y estados afectivos (1990). Finalmente, Thomas señala que:

Gran parte de la literatura sobre cuidados trata de forma bastante confusa y unilateral toda la cuestión de las emociones. La confusión procede principalmente de que no se establece una distinción clara entre: 1) el estado emocional o afectivo experimentado privadamente por la persona que realiza el trabajo de cuidados; 2) el “input” emocional de la persona cuidadora expresado públicamente en la relación de cuidados (el concepto de trabajo emocional de Hochschild [Hochschild, 1983] resulta claramente pertinente en este contexto); y 3) el estado emocional o afectivo experimentado privadamente por la persona que recibe cuidados. (2011: 167)

Señala además que en dichas investigaciones se pone el énfasis en las emociones positivas, tales como el amor, el cariño, olvidando que las relaciones de cuidado pueden estar desprovistas de amor y de afecto e incluso pueden ser abusivas (Land y Rose, 1985; cfr. Thomas, 2011: 166). El modelo propuesto por Carol Thomas presenta la enorme ventaja de permitir describir los diversos tipos de cuidado y las figuras que lo atraviesan y, al mismo tiempo, el enorme inconveniente de dejarlo desprovisto de un marco conceptual clarificador.

Jean Tronto, pretende sociologizar las reflexiones sobre el cuidado, viendo en este la fuente de una teoría crítica de la organización social, que integra un campo de problemáticas en torno suyo. De hecho, pretende ir más allá de la relación diádica (y desigual) de cuidado, entre dos personas (una

⁶ Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend (Ministerio de Familia, Tercera Edad, Mujeres y Juventud).

cuidadora, otra cuidada), que en teorías anteriores otorgaba un lugar preponderante a la relación madre-hijo, y extiende la problemática a la sociedad y al rol de las instituciones políticas. Retoma así Tronto (2009: 11-22) tanto la definición de cuidado como el proyecto analítico que presentaba con Berenice Fisher en 1990.

En el plano más general, sugerimos que el cuidado (*caring*) sea visto como *una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar o reparar nuestro 'mundo' de tal modo que podamos vivir en él lo mejor posible*. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que intentamos mantener en una red compleja que sostiene la vida. (Fisher y Tronto, 1990: 40)

Una definición muy abierta que engloba un gran número de actitudes, la capacidad de adquirir responsabilidades, el trabajo de cuidado y la satisfacción de las necesidades, convirtiéndolo en una actividad central y esencial de la vida humana, de la que ambas autoras (Fisher y Tronto, 1990; Tronto, 2009) enfatizan el carácter procesual:

“En tanto que proceso activo, comporta cuatro fases analíticas distintas, pero íntimamente vinculadas. Estas son las siguientes: preocuparse de, encargarse de, dar cuidado y recibir cuidado” (Tronto, 2009: 147).

Juntas constituyen una gramática del (buen) cuidado y cada una implica una distinta disposición moral: *caring about*, atender y reconocer una necesidad, implica disposición moral/atención a los otros; *take care of*, supone que la necesidad puede ser efectivamente satisfecha y concebir los medios para hacerlo; implica responsabilidad en relación con la necesidad identificada; *care giving*, el trabajo efectivo y material de cuidado, la respuesta a la necesidad, supone contacto directo con el objeto del cuidado e implica unas competencias determinadas para realizarlo; y *care receiving*, la capacidad del beneficiario de dar respuesta al cuidado recibido, verificación del buen cuidado por parte de quien/es lo ha/n recibido. Tronto propone así salir de la concepción instrumental del cuidado y lo redefine como un proceso social complejo, central para el desarrollo de las subjetividades, el mantenimiento de la cohesión social y la perpetuación del mundo común. Se preocupa fundamentalmente de las desigualdades sociales (de género, de clase, de etnia o de nacionalidad) que resultan, constatando que existe una enorme diversidad en las prácticas de cuidado, que varían de unas sociedades a otras, de unas culturas a otras.

No obstante, en esta gramática del cuidado se tiende a olvidar que efectivamente quienes reciben también dan, que en la propia relación de cuidado, en las prácticas cotidianas del cuidar, quien recibe, da, y mucho, incluso en el propio proceso de ser cuidado. Así lo pone de manifiesto el trabajo con criaturas en los centros infantiles: los pequeños proporcionan otra visión del mundo, del propio acto de cuidar, que bien puede ser convertido en un juego más, transmiten y provocan emociones también en la o las personas que se ocupan de ellos en las escuelas infantiles. Afectos que bien pueden generar sentimientos positivos (ternura, alegría), como negativos (ante un claro rechazo, antipatía, expresiones agresivas por parte de las criaturas ante otros niños o ante los mismos educadores), o ambivalentes (al presuponer, por ejemplo, que todas las criaturas deben generar ternura en sus educadores, pero sentir que un pequeño en concreto no genera ninguna simpatía). Por tanto, se propone en este análisis seguir la línea propuesta por Jean Tronto y prolongarla incorporando esta quinta fase: la de lo que da quien recibe el cuidado y los procesos emocionales y morales que pone en marcha: aceptación, reflexión sobre la distancia-cercanía afectiva y corporal, sobre los límites entre los cuerpos y en la propia expresión afectiva, sobre la forma de negociar las normas.

También se propone introducir otro elemento en la reflexión, pensar en las desigualdades que surgen por la edad, que tanto en el caso de los más mayores como en el de los más pequeños puede implicar una relación de poder desigual a la hora de definir los términos en que se va desarrollar la relación de cuidado así como el tipo de cuidado prestado y la forma de hacerlo: más cuanto más pequeños o más

mayores, cuanto más dependen de la atención recibida pero cuentan con menos poder o capacidades lingüísticas o cognitivas para expresar sus deseos al respecto.

Tal como plantea Eveling Nakano Glenn (2000), el cuidado crea una relación en tanto que el trabajo de cuidado se constituye en y por la relación de interdependencia (y de poder) que surge en la relación. Tanto quien presta cuidado (*care-giver*) como quién lo recibe (*care-receiver*) tienen una capacidad de acción (*agency*) en la relación.

2. Dimensiones del cuidado

Siguiendo la propuesta de domesticación del trabajo⁷, para desgranar el análisis del cuidado vamos a diferenciar tres tipos de aspectos: morales, afectivos, y materiales (Salazar Parreñas, 2001). El primero se refiere al sentido de lo bueno, lo justo y lo adecuado, engloba tanto la socialización de los menores como la responsabilidad que conlleva. El segundo, a la dimensión emocional: la preocupación por el otro, la simpatía, el amor; pero también las tensiones, los conflictos, y los problemas de opresión, violencia y abuso que pueden surgir en, y a partir de, las propias relaciones de cuidado. Y, con el tercero, que en la propuesta de Salazar hace referencia a todo relacionado con la oferta y el consumo de servicios, se hace alusión aquí a los aspectos corporales, sin negar que estas dimensiones que hemos denominado “materiales” están asimismo atravesadas por emociones y normas morales. Por ello, pese a desagregarlas para facilitar su análisis, no es tarea sencilla distinguir cada dimensión, en tanto que operan simultáneamente; dicho de otro modo, se entretrejen unas dimensiones con otras en una compleja urdimbre (Martín Palomo, 2008).

2.1. Tiempos encarnados y situados

En general, los aspectos materiales de los intercambios, más visibles, permiten que estos sean cuantificables tanto en términos de tiempo como de dinero y, por tanto, se pueden estimar mediante diferentes métodos. Sin embargo, los cuidados a menudo se desarrollan de forma simultánea con otras actividades y tienen mucho de anticipación, y de preocupación. De hecho, las tareas implicadas requieren, por lo general, niveles de ejecución, de cualificación y de responsabilidad diversos, una versatilidad que difícilmente se encuentra, como cualificación profesional, en ningún otro puesto de trabajo remunerado. Los diferentes métodos de medida han dado muestras de ser limitados para analizar aspectos como la densidad e intensificación de tareas, la disponibilidad, pero también la preocupación por el otro, los afectos o la responsabilidad que conlleva el cuidar y sus consecuentes dilemas morales (Martín Palomo, 2014).

En buena medida, el cuidado se caracteriza por su contingencia, por su orientación hacia las necesidades de quien lo recibe, por no dejar nada tras de sí, tal como ha descrito Hannah Arendt la labor (1999), excepto la necesidad atendida. Además, más allá del autocuidado, depende de las demandas de los otros, que son heterogéneas y cambiantes, y el modo de entender el ser cuidado en cada momento. Pero también, queremos destacar aquí la respuesta dada por quien recibe dicho cuidado y la relación misma que se construye día a día entre la persona cuidada y quién cuida de ella. Por tanto, el sentido de la actividad de cuidar se va transformando aun cuando esta pueda ser aparentemente la misma a lo largo de varios años. Así, cambiar un pañal a un bebé, enseñar a una criatura a lavarse los dientes o limpiarse el culito, limpiar una herida, enseñar a comer o alimentar a quien no puede hacerlo por sus propios medios, son actividades que se pueden realizar de muy diferentes formas.

Efectivamente, las actividades llevan prendido el sentido que los agentes implicados le asignan en sus acciones; por ello, el tiempo dedicado a ellas es algo más complejo que la simple duración, entre otras razones porque somos seres corpóreos (Ramos 2006). En el Proyecto Männer in Kitau se ha analizado este aspecto corporal desde una perspectiva de género (véase, Cremers y Krabel 2013): cómo se

⁷ Este epígrafe se basa en la propuesta de “domesticación del trabajo” (Martín Palomo, 2008).

establecen las fronteras en la relación de los educadores varones con las criaturas en las escuelas infantiles. Así, aspectos como la distancia/ cercanía corporal han provocado un debate inacabado sobre sobre hasta qué punto puede ser considerado como profesional un contacto íntimo. En el cuidado infantil prestado por mujeres, el contacto físico generalmente es mayor, mientras que los hombres tienden a poner una mayor lejanía en la relación corporal; el debate que se introduce es, pues, considerar hasta qué punto un contacto físico íntimo es demasiado personal e íntimo para una relación profesional. En este sentido, se reflexiona también sobre el abuso sexual y la indefensión que genera un contacto que traspasa los límites corporales que la criatura desea: en una relación excesivamente íntima, dicho contacto pudiera no ser deseado. Así, los menores pueden entender como “normal” que los adultos traspasen sus fronteras pudiendo llegar a suceder que, en el desgraciado caso en que un adulto decida cruzar esa frontera corporal, el niño pudiera considerarlo, en cierto modo, también como “normal”. De este modo, Männer in Kitas pone de manifiesto cómo, a raíz de la incorporación de los hombres al cuidado infantil, las profesionales femeninas han tomado conciencia de que existen y de que se deben respetar las fronteras corporales con las criaturas.

En el cuidado, las disposiciones corporales⁸, el contacto con la piel, los desechos o los fluidos de los cuerpos, tienen además una considerable componente emocional. Por ejemplo, el asco, puede estar presente, y quienes cuidan han de manejarse con dicha emoción, si es necesario entrar en contacto con cuerpos o residuos con olores desagradables o poco gratos al tacto; o el deseo, que igualmente puede surgir entre los cuerpos implicados en la relación y que es motivo de temores y sospechas cuando un rol de género tradicional es deconstruido en el universo laboral, tal como se ha señalado más arriba, aunque esta sospecha generalizada no exista cuando el mandato de género encaja con el sujeto que realiza este trabajo, como ocurre con las mujeres en la educación infantil: ellas no son sospechosas. Volveremos sobre ello.

2.2. Tensiones y dilemas en el cuidado

Al reflexionar sobre la dimensión moral del cuidado hacemos referencia aquí al sentido normativo que encierra la responsabilidad de cuidar (y de educar) de otras personas, de uno mismo, del mundo. Se trata realmente de disyuntivas muy concretas, formas de enfrentar, sopesar y decidir (o no) sobre aspectos de la vida cotidiana que tocan de una forma u otra a todas las personas. Pero la moralidad es incurablemente aporética pues constantemente nos enfrentamos con dilemas en tanto que todo yo se mueve en un contexto de ambivalencia y siempre está acosado por la incertidumbre, por lo que siempre queda pendiente saber si se ha hecho todo lo que podía hacerse (Bauman, 2005), o acaso preguntarse si las cosas se han hecho como convenía a la institución en la que se enmarcan o a los propios sujetos cuidadores y no tanto al modo como podrían desearlo otros agentes implicados que, por su mayor vulnerabilidad, no tienen la misma capacidad de intervenir en el curso de la acción, como suele ocurrir con los más pequeños.

El valor moral atribuido a cada acción está asociado al proceso de integración social y tiene que ver con la forma de construcción de significados en normas e imágenes. Estas normas e imágenes operan en la regulación de las relaciones entre las personas en sus vidas cotidianas, es decir, aparecen como costumbres que guían la acción en la vida de cada día, rutinas más o menos conscientes, o expectativas de comportamiento. La conformidad con las normas sociales no siempre es consciente, e incluso el régimen de voluntad, de justificaciones, que la acompaña puede ser extremadamente débil (Martín

⁸ El cuerpo es el lugar donde se inscriben o sedimentan las prácticas sociales y los procesos de identidad. Se trata de una cuestión ausente en la mayor parte de los estudios sobre el cuidado. Para Teresa de Lauretis, por ejemplo, el cuerpo es soporte y materia expresiva, resultado de un proceso ininterrumpido de semiosis (producción y circulación de significados sociales); siendo el sujeto corporeizado agente, sujeto activo que produce, recibe, interpreta, experimenta, pone en circulación y “actúa” los significados (De Lauretis, 1987, 1992). En ese sentido, “existir” el propio cuerpo es una forma personal de asumir y (re)interpretar las normas de género recibidas, y por ello, es muy importante tomarlo en consideración en un trabajo como el de cuidado, en el que el cuerpo está profundamente implicado en la relación.

Palomo, 2014). Parece necesario que la persona se sienta vinculada emocionalmente en la incitación normativa para que se pueda hablar de comportamiento normativizado, si no, no habría una norma que se cumple, sino una cierta regularidad factual (Pharo, 2004). Por tanto, las emociones se integran en estas justificaciones complejizando enormemente su elaboración y, evidentemente, su análisis. Ciertamente, el mundo del trabajo remunerado tiene a regular con detalle las competencias o las cualificaciones y aptitudes requeridas para su desempeño; no obstante, hay muchos otros aspectos presentes, por ejemplo, en la decisión de contratar a un profesional y no a otro que tienen que ver con las emociones que movilizan en quienes tienen que seleccionarles para unos u otros trabajos, para unas u otras tareas. Aspectos que tienen que ver con la “simpatía” o tal vez con ciertas cualidades que se les presuponen, que habitualmente en las profesiones del cuidado están estrechamente relacionados con la identidad de género.

En tanto que los diferentes agentes sociales involucrados en la acción introducen cambios y redefinen y reconfiguran con sus prácticas cómo se entiende la actividad en su día a día, la forma en que los individuos sopesan, enfrentan sus conflictos morales y tomas de decisiones en su actuar cotidiano no están dadas (Pharo, 2004). Cada vez más la forma en que se debe cuidar y educar se modela a partir de los consejos de los expertos (médicos, matronas, farmacéuticos, pedagogos, trabajadores sociales y pedagogos sociales, entre otros), y de las sugerencias que se extraen de libros, revistas especializadas o internet. Sin embargo, no hay modo de saber qué hacer para cuidar de alguien, en sentido abstracto, pues es necesario conocer muy bien a quién se cuida para poder garantizar un adecuado cuidado y eso es algo que solo puede proporcionar la experiencia y el conocimiento del otro (Benhabib, 1990).

También el error forma parte de las posibilidades que encierra la acción (Chauviré et al., 2009) (y la no acción). Esta posibilidad permanente de errar, al asumir la responsabilidad del cuidado de las criaturas, hace más vulnerable también a quien se responsabiliza de ello. Cuidar de niños, cuidar de adultos, cuidar de animales, cuidar..., es siempre un proceso de aprendizaje, un aprendizaje continuo que se adquiere en la interacción con el ser cuidado, y en este sentido, hay una enorme responsabilidad. Pero también queremos destacar aquí que no es un proceso unidireccional: un niño no tiene la responsabilidad del cuidado, o de cuidar de su cuidador, ni siquiera del bienestar de su cuidador/educador pero en gran medida contribuye a dicho bienestar y le muestra otras claves de lectura del mundo o de la propia relación de cuidado. Aunque, en muchas ocasiones, se comparta con los compañeros tanto los problemas como las dificultades que se enfrenta, son infinitas de decisiones las que se toman individualmente cada día, construyendo el deber ser del cuidado que se entrelaza con su identidad como cuidadores/educadores, y asumiendo que pueden cometer errores - y de hecho los cometen-, precisamente con esos seres que presentan una mayor vulnerabilidad puesto que no tienen el mismo poder que ellos en la definición de los términos en los que puede enmarcarse la relación.

2.3. Emociones y sentimientos en el cuidado

¿Cómo entender las emociones en el marco del trabajo? Una vez más los aspectos encarnados del comportamiento social plantean interrogantes. Desde la antropología se ha mostrado que tanto los momentos como las condiciones de las expresiones colectivas de los sentimientos están regulados, predefinidos, al igual que lo están, tanto qué personas están obligadas a expresarlos, como la intensidad con que ha de hacerse (Mauss, 1968). También otros autores analizan las emociones en las ciencias sociales sosteniendo que esto no pone en cuestión la sinceridad de los sentimientos y las emociones, sino que simplemente aleja el análisis de las emociones de los supuestos biologicistas y se propone entender las emociones como artefactos culturales (Torregrosa, 1984); o se enmarcan los sentimientos y emociones de un contexto cultural que los articula y que permite comprenderlos (Iranzo, 1999).

Arlie R. Hochschild es una de las primeras en incluir en sus investigaciones las emociones como una ruta clave de acceso al análisis de cualquier fenómeno o situación social (Hochschild, 2008). Argumenta que necesitamos una nueva imagen del actor social. Se inspira y profundiza en la perspectiva actoral de Goffman y, apoyándose en la observación del trabajo desempeñado por las

azafatas de vuelo, muestra que en la relación que éstas mantienen con el pasaje no se limitan a desempeñar un rol superficial, sino que toda su personalidad está implicada en una actuación profunda (1983). Describe cómo, hasta el momento, en las ciencias sociales se han perfilado dos imágenes protagonistas. Una primera imagen, que ha predominado, la del sujeto social consciente y cognitivo, que representa a las personas como seres que desean algo y que conscientemente calculan los medios que pueden servir para conseguir sus objetivos. Una segunda imagen, la herencia del psicoanálisis de Sigmund Freud, es la de un sujeto inconsciente y emocional. Hochschild considera que ambas imágenes niegan la conciencia afectiva. Y sugiere añadir a éstas una tercera imagen, la de un ser consciente y sintiente, cuyos sentimientos se configuran y se gestionan en determinados contextos sociales y culturales asociados a circunstancias morales. Este *sujeto sensible* representa a aquel ser humano que es más que un mero calculador racional o una persona que expresa ciegas emociones descontroladas (Hochschild, 2008). Incorporar las emociones al análisis del sentido de la acción contribuye a la comprensión de los motivos atribuidos a los actos, la forma como se da cuenta, como se explica la acción (Iranzo, 1999). Y, con Eva Illouz consideramos que en sociología se debe examinar este fenómeno, es decir, dar respuesta a la pregunta de ¿cómo se entrelazan los afectos con la moral? (Illouz, 2012). En las páginas que siguen se presenta un primer análisis del modo en que se entretienen estos aspectos en la práctica profesional del cuidado infantil en las Kitas.

El cuidado infantil, ¿un asunto de hombres? ¿Qué es lo que hace que una actividad, una tarea determinada sea considerada como femenina o masculina? ¿Cómo se construyen las cualificaciones? ¿Cómo se adjudican las competencias y saberes? En cada época esta discusión se ha centrado en diferentes cuestiones. La conceptualización del trabajo y los significados con que se designa han cambiado a lo largo del tiempo: se trata de una categoría negociada (disputada) y (re)inventada constantemente entre diferentes actores sociales (Prieto, 2007: 22-23). El trabajo como concepto es el resultado de confrontaciones sociales en las que algunos grupos intentan imponer sus intereses al conjunto de la sociedad y consolidar aquellas instituciones que mejor se adaptan a los mismos, y así diversas definiciones han clasificado las actividades emprendidas por los seres humanos sobre la base de diferentes representaciones culturales. Pese al gran avance que supone que se estudie una actividad como el cuidado desde la perspectiva del trabajo continúa pendiente la tarea de revisar este concepto para poder analizar el o los cuidados como trabajo (Martín Palomo, 2008). Aun teniendo este reto por delante, es necesario remarcar que el cuidado es un trabajo del que también se pueden analizar y descubrir sus características: sus formas de valoración, sus cualidades y las competencias que requiere. Se revisan a continuación tres aspectos para contribuir a este debate: la relación entre cuidado y educación, la noción de masculinidades cuidadoras, y el papel de los hombres en la reconfiguración de la profesión de cuidador/educador infantil.

3.1. Cuidar y educar

La exigencia del cuidado de menores es una preocupación relativamente reciente. En el transcurso de varios siglos, las criaturas han pasado de ser apenas visibles en la vida social premoderna, dependientes y sometidas a las estructuras jerárquicas y autoritarias de la familia burguesa, a ser consideradas como sujetos de derecho. Y es precisamente cuando aparece la infancia como objeto de derecho cuando empieza la preocupación por el cuidado y la educación de las criaturas. El *descubrimiento* de la infancia en los tiempos modernos, lo describe Ariès a través del surgimiento de la figura del *niño rey*, que configura la infancia en el Antiguo Régimen como una etapa de aprendizaje moral, relación que da origen a un sentimiento en las mujeres que cuidan de los pequeños, una revolución afectiva: el “mimoseo”, de madres y nodrizas (Ariès, 1987). Desde este momento se sustituye la indiferencia hacia la niñez por representaciones sociales proclives a la necesidad de cuidar y proteger a la infancia. Hoy en día, los menores no son considerados exclusivamente como receptores pasivos de ciertas prestaciones, sino que también tienen derechos, que se deben respetar, y expresan necesidades propias, a las que la sociedad debe atender y dar cobertura, y que, por tanto, son al mismo tiempo sujetos de ciudadanía.

3.2. ‘Caring masculinities’: símbolo [y propuesta] del cambio

En este siglo XXI, muchos hombres también reclaman un cambio en el modelo de masculinidad hegemónico. En este sentido, todo parece indicar que los educadores bien podrían ser un referente de este cambio. De hecho, es posible plantear la pregunta de si acaso los educadores se puedan ver ellos mismos como otro tipo de hombres diferentes de los referentes de una masculinidad tradicional. El trabajo de análisis de estas nuevas masculinidades en el contexto profesional presenta la enorme ventaja sobre los estudios desarrollados en el ámbito doméstico de desligar la complejidad del trabajo de cuidado de las relaciones familiares y sus propias complejidades y ello permite observar estos procesos en el ámbito profesional en las tres dimensiones propuestas con más nitidez que cuando estos estudios se desarrollan en el marco de relaciones familiares.

Es posible constatar el impulso tomado por los grupos de investigación en torno a la incorporación de los hombres al universo del cuidado, sobre todo el estudio de medidas que permitan implicar a los hombres en la corresponsabilidad o potenciar las masculinidades cuidadoras. El concepto de masculinidades cuidadoras (‘caring masculinities’) surge en el marco de los estudios críticos sobre los hombres y la masculinidad y se ha convertido en una vía para explorar la igualdad de género⁹.

Estas nuevas masculinidades, o nuevas identidades masculinas, admiten que además de no estar obligadas a mantener una especial relación con el riesgo, e incluso con la violencia, como ocurre con el modelo de masculinidad hegemónica, también el hombre queda redimido del deber ‘ser fuerte’, de ejercer autoridad, y se le permite desarrollar la facultad de expresar sus emociones. En el universo del cuidado infantil han contribuido a reconfigurar enormemente la profesión del cuidador/educador, incorporando nuevas visiones y posibilitando la génesis de nuevos valores y estilos de trabajo (Cremers y Krabel, 2012; 2014). Investigaciones recientes ponen de manifiesto la importancia de pensar sobre la relación entre los hombres, las masculinidades y el cuidado, así como las relaciones de poder existentes en la definición de los diversos modelos de relaciones de género que posibilitan o no que los varones puedan verse a sí mismos como cuidadores así como poder teorizar sobre su relación con el cuidado (Hanlon, 2012).

En *Männer in Kitas* se ha identificado cierta resistencia en las instituciones de educación infantil a que entren hombres, en tanto que ellos al adentrarse en un territorio profesional tradicionalmente feminizado, simbolizan el cambio. Un cambio que asusta si e lugar de considerarse la Escuela Infantil como un espacio de aprendizaje, se vive desde una perspectiva que prioriza la seguridad por lo ya conocido.

3.3. “Todo es educación”: la difícil profesionalización del cuidado infantil

En el ámbito del trabajo de educación infantil, la fusión o la interrelación de los aspectos educativos y de cuidado contribuyen en cierta medida a que su profesionalización no sufra la mismas dificultades que en el cuidado de mayores o enfermos, donde un exceso del peso de la perspectiva biomédica (Cerri, 2015) puede estar marcando una frontera mucho más nítida entre el cuidado y la cura de lo que ocurre en el campo de la educación infantil donde los aspectos del cuidado se fusionan más o se integran más en los procesos educativos.

Parte de las reflexiones presentadas en este epígrafe están relacionadas con el estudio de las campañas publicitarias que el proyecto *Männer in Kitas* desarrolló para atraer a más hombres hacia la profesión

⁹ Así ocurre, por ejemplo, con el proyecto europeo *Fosterin Caring Masculinities* financiado por el Programa de Promoción de la Igualdad entre Hombres y Mujeres de la Unión Europea (<http://www.genderloops.eu/>). de consulta: 28.08.2015]

de educador infantil¹⁰. El impacto cuantitativo en la participación masculina en el cuidado infantil ha sido considerable, llegando a duplicarse el número de educadores varones en dicha profesión. Tal como afirman los entrevistados que trabajan como educadores infantiles, los hombres en la Kita son los catalizadores para convertir el trabajo en algo “más profesional” (Cremers y Krabel, 2014). Más allá de esta percepción, lo que se quiere destacar aquí es que con la participación de los hombres en las escuelas infantiles en buena medida cambia la idea de lo que es un profesional en la educación infantil (el modelo femenino se define por ser empático, sensible...) y se reconfigura la profesión. Así, por ejemplo, en sus conversaciones cotidianas en el ámbito laboral los hombres tienden a centrarse en temas profesionales o más técnicos, y no tanto en temas personales. En este sentido, algunas entrevistadas llegan a afirmar que “menos mal que los hombres nos paran”, remarcando que con los hombres como compañeros de trabajo se tiende a tener conversaciones menos íntimas, menos privadas y más profesionales (Ibíd.).

Retomamos aquí la reflexión sobre la gramática del cuidado. Si la propuesta del buen cuidado, que desarrollan Fischer y Tronto (1990), es una mezcla de mantenimiento de la vida, desarrollo y fomento de la máxima autonomía posible, el respeto a las necesidades de quién está necesitando ese cuidado, pero también de generar las mejores condiciones posibles para incrementar las capacidades responsivas, de dar respuesta, pero también del reconocer lo que se ha aprendido al cuidar, las emociones que moviliza en quien cuida y lo que le ha proporcionado la propia relación de cuidado; entonces, en ese intento de definir el buen cuidado, podremos preguntarnos en qué medida las campañas, el proyecto Männer in Kitas contribuyen a redefinir y a configurar nuevos modelos, para incorporar otra fase incluyendo la perspectiva de lo que aportan las personas cuidadas en la relación de cuidado.

El primer elemento que llama la atención de las campañas publicitarias que se llevaron a cabo para atraer hombres hacia la profesión de educador infantil, es que no se utilizaba la palabra “cuidar” sino que el cuidado era subsumido en la “educación”; e incluso los aspectos que más claramente remitían a la palabra “cuidado” eran connotados con alguna dimensión educativa. Estas campañas se apoyaron en tres estrategias para hacer más atractiva esta profesión para los hombres que, en general, siguen la estrategia de des-feminizar la profesión de educador infantil, por un lado, obviando la relación con el cuidado; por otro lado, reforzando aquellos aspectos de un modelo de masculinidad hegemónica, que el trabajo de educador infantil podría tener. Con ello, se logró que muchos varones se interesaran por esta profesión, contribuyendo así a redefinir los modelos de masculinidad, al menos en el marco de dicha profesión. Las tres estrategias publicitarias se centraron en lo siguiente: a) mostrar cómo en dicha profesión se pueden desarrollar actividades afines a las diferentes aficiones que muchos hombres tienen (por ejemplo, jugar al fútbol, trabajar en un pequeño huerto, cocinar...); por tanto, se trata de un argumento centrado en identificar los aspectos de “masculinidad tradicional” que pudiera proporcionar dicha profesión; b) invitar a los alumnos de los últimos años de educación primaria y secundaria para que conozcan de primera mano el trabajo de educación infantil. c) insistir en la importancia del contenido educativo de la educación infantil.

La tercera estrategia pretende vincular todo componente de cuidado de la relación educativa con un aspecto educativo. Ello conlleva, no sin cierta ambivalencia, una visión que en cierto modo “vela” (pone un velo) sobre el cuidado que está presente en las diferentes prácticas del cuidado infantil. Es decir, los aspectos estrictamente de cuidado, los que se han vinculado con la “identidad femenina” más tradicional, se desdibujan al quedar de algún modo subsumidos en una suerte de discurso de que en

¹⁰ “[Männer in Kitas](#)” dirigido por Stephan Höyng y coordinado por Jens Krabel desde 2013, continuación a su vez del Programa anterior, años 2010-2013, “[MehrMänner in Kitas](#)” [“Men und Gender in ECEC”], con dirección del Prof. Höyng y coordinación y dirección científica del Jens Krabel, entre 2008 y 2009; el Proyecto [Männer in der Ausbildung zum Erzieher und in Kindertagesstätten](#) igualmente dirigido por Stephan Höyng y Jens Krabel; proyectos subvencionados todos ellos por el [Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend](#) y desarrollados en el Instituto de Investigación “[Gender und Diversity in der sozialen Praxisforschung](#)”, de la KHSB.

educación infantil “todo es educación”. Sin embargo, cabe preguntarse si no pudiera darse también un proceso inverso en tanto que al poner el énfasis en los aspectos educativos, el cuidado pudiera ser invisibilizado; es decir, si con su profesionalización ciertos aspectos de cuidado pudieran ser borrados al contemplar las habilidades y competencias necesarias para su desempeño. Aquí las reflexiones de Hannah Arendt sobre labor/trabajo/acción podrían ser muy pertinentes en tanto que la parte de la educación infantil que podría describirse en términos de labor (que nada deja tras de sí excepto la necesidad atendida, la vida que permanece), queda ocultada. Pero es en la dimensión más puramente educativa donde se respira el nacimiento de lo nuevo, más cargado con aspectos del trabajo o de la misma acción: la pequeña persona que crece, madura, aprende, en cierto modo “va naciendo” cada día en el proceso educativo, y enseña, muestra el mundo: contribuye a perfilar una nueva gramática del cuidar.

4. Conclusiones

Tal como se pone de manifiesto con la experiencia alemana, los hombres que irrumpen en el campo de la educación infantil, están contribuyendo no solo a reconfigurar este campo sino también a redefinir tanto el significado del cuidado como de la educación. Lo que inicialmente se planteaba como un problema de relaciones de género ha terminado mostrándose como un problema de profesionalización en sí de un campo en el que las características específicas del trabajo de cuidar/educar y las dimensiones emocionales, morales y corporales que lo atraviesan.

BIBLIOGRAFÍA CITADA:

Arendt, H. (1998): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.

Bauman, Z. (2005): *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: FCE.

Benhabib, S. (1990): “El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista”. En Benhabib y Cornell (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia: Alfons el Magnànim, 119-149 [original: 1986].

Cremers, M. y Krabel, J. (2014): Männer in Kitas – Im Spannungsfeld zwischen Gender, patriarchaler Dividende und , untergeordneter Männlichkeit‘. In: Rose, Lotte/May, Michael (Hg.) *MehrMänner in die sozialeArbeit!*?Band 9. Opladen, Berlin, Toronto: Verlag Barbara Budrich.

(2013): *Ambiguous Attitudes. How female teachers view their male counterparts in early childhood education*. 23.European Early Childhood Education Research Association (EECERA) Conference: Values, Culture, Contexts. Tallinn, Estland.

(2012): “Gender macht Schule – wie viel Gender steckt in der Fachschulausbildung für Erzieher/innen?”. In: Cremers, M./Höyng, S./Krabel, J./Rohrmann, T. (Hg.): *Männer in Kitas*. Opladen, Berlin, Toronto: VerlagBarbaraBudrich, 183-198.

Cremers, M., Höyng, S., Krabel, J. y Rohrmann, T.(2012) (Ed.): *Männer in Kitas*. Opladen, Berlin, Toronto: Verlag Barbara Budrich.

Chauviré, C. Ogien, A. y Quéré, L. (2009). *Dynamiques de l’erreur*. Paris: HEES.

De Lautetis, T. (1992): *Alicia ya no: feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Cátedra.

(1987) *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Bloomington: Indiana University Press.

Fisher, B. y Tronto, J. (2000): "Toward a feminist theory of caring". En E. Abel y M. Nelson (dir.), *op. cit.*, 36-54.

Graham, H. (1991): "The Concept of Caring in Feminist Research: The case of Domestic Service". *Sociology*, 25 (1), 61-78.

(1983): "Caring: a Labour of Love". En J. Finch y D. Groves (eds.), *A Labour of Love: Women, Work and Caring*. London: Routledge, 13-30.

Hanlon, N. (2012): *Masculinities, Care and Equality. Identity and Nurture in Men's Lives*. Palgrave Macmillan.

Hochschild, A. R. (2008): *La mercantilización de la vida íntima: apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz [original: 2003].

(1983): *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley, University of California Press [reedited en 2003].

Illouz, E. (2012): *Porqué duele el amor. Una explicación sociológica*. Madrid: Katz.

Iranzo, J. M. (1999): "Emociones globales: la reconstrucción de una teoría de las pasiones". *Política y Sociedad*, 30, 11-22.

Martín Palomo, M.T (2014). *Los cuidados en las familias. Estudio a través de tres generaciones de mujeres en Andalucía*. Tesis doctoral. Universidad Carlos III de Madrid.

(2008): "«Domesticar» el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2).

Mauss, M. (1968): "L'expression obligatoire des sentiments". En *Essais de Sociologie*. Paris: Minuit, 81-88.

Muñoz Terrón, J.M. (2012). "Cuidar del mundo. Labor, trabajo y acción «en una compleja red de sostenimiento de la vida»", *Isegoría*, 47: 461-480.

Muñoz Terrón, J.M. (2010). "Responsividad y cuidado del mundo. Fenomenología y ética del care", *Daímon*, 49: 35-48.

Noddings, N.(1984): *Caring: A Feminine Approach to Ethics and Moral Education*. Berkeley: University of California Press.

Parquer, R. (1981): "Tending and social policy", en E. M. Goldberg y S. Hatch (eds.), *A New Look at the personal social services*. London: Policy Studies Institute, 17-34.

Pharo, P. (2004): *Morale et sociologie*, Paris, Gallimard.

Ramos, R. (2006): "La situación general del empleo del tiempo en la C.A. de Euskadi: Estructura, dinámica y comparación" en *Encuesta de presupuestos de tiempo. 2003*. Vitoria: Eustat, 17-49.

Salazar Parreñas, R. (2001): *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*. Stanford: Stanford University Press.

Torregrosa, J. R. (1984): “Emociones, sentimientos y estructura social”. En J.R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), *Estudios básicos en psicología social*. Madrid: Hora-CIS, 185-199.

Tronto, J. (1993): *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. London: Routledge.

Ungerson, C. (1990): *Gender and Caring: Work and Welfare in Britain and Scandinavia*. London: Harvester Wheatsheaf.

(1983): “Why do women care? En J. Finch y D. Groves (eds.), *A Labour of Love: Women, Work and Caring*. London: Routledge and Kegan Paul, 31-49.

Waerness, K. (1996): “Sobre la racionalidad del cuidado”. En S. Sassoon (ed.), *Las mujeres y el Estado*. Madrid: Vindicación Feminista, 241-272 [original: 1984].